

Profesor: Manuel Peña Muñoz
www.elcaballerodelosalerces.cl | mapemu@vtr.net

La tradición oral: cuna de la literatura infantil.
Selección de textos.

El conejo astuto
Fábula clásica de la colección del *Panchatantra*

En lo más recóndito de la selva de la India se encontraban los animales en constante zozobra pues temían ser devorados por el fiero león que cada día se devoraba un cachorro de venado o un cervatillo. Los animales le tenían miedo al rey de la selva y no sabían cómo enfrentarlo. Monos, chimpancés, jirafas y ciervas huían cada vez que crujían las hierbas del bosque. Era señal de que el león estaba buscando su presa. Hasta que un día, un pequeño conejo decidió enfrentar al león.

- No te acerques – le dijeron los animales del bosque – Te comerá de un bocado.
- No será así - les dijo el conejo con valentía.
- Y así fue que el conejo se enfrentó al león. Lo miró a la cara y le dijo:
- Buenos días, señor león, ¿me acompañarías al final del bosque?

-¿Y por qué? Hoy día voy a tener el privilegio de ser devorado por el gran león de la selva.

- ¿El gran león de la selva? – preguntó sorprendido el león.– ¡Ese soy yo!
- ¿Tú? No me hagas reír. El gran león de la selva vive al final del bosque. Si me sigues voy a presentártelo.

Muy intrigado, el león siguió al pequeño conejo por un largo camino a través del bosque mientras los animales de la selva, escondidos detrás de los árboles, miraban sorprendidos. ¡Cómo era posible que el león estuviera siguiendo al conejo! Por fin llegaron al final del camino donde había un pozo. El conejo se subió al pequeño muro del pozo y apuntando con su pata hacia abajo le dijo al león:

- Si te asomas, verás allá abajo al gran león de la selva.

Intrigado, el león se asomó al pozo y vio su propia imagen reflejada en el agua del pozo.

- Sí, allá abajo lo veo – dijo el león. – Incluso puedo ver que está junto a un pequeño conejo.
- Asómate más – le dijo el conejo – para que los veas bien.

Tanto se asomó el león que perdió el equilibrio y cayó dentro del pozo donde no pudo salir nunca más. Y de esta manera, los animales de la selva pudieron vivir felices gracias al conejo astuto.

Las dos vasijas

En un pueblo de la India, pasó un hombre que vendía agua.

- ¡¡¡Agua!!! ¡¡¡Vendo agua!!! ¡¡¡Fresquita el agua de pozo!!! - gritaba mientras mecía dos grandes vasijas que colgaba en los extremos de un palo extendido sobre los hombros.

Una de las vasijas tenía pequeñas grietas que dejaban escurrir el agua, gota tras gota, de modo que al final del camino, el aguador sólo encontraba la mitad. En cambio, la otra vasija era perfecta. Sus paredes de greda estaban intactas, lisas, sin un solo rasguño, ni quebradura. Cuando el aguador fue a revisarla, se dio cuenta que tenía la misma cantidad de agua.

“¡Qué increíble!”, pensó. “Las dos vasijas son iguales y sin embargo son tan diferentes”.

La vasija perfecta estaba muy orgullosa de sí misma, en cambio la pobre vasija agrietada estaba avergonzada. Se sentía muy mal por las grietas que tenía. Y lo peor es que nada podía hacerse. Siempre iba a perder agua por el camino, así que al cabo de un tiempo, le dijo al aguador:

-Estoy avergonzada. No sé qué hacer. Mi hermana conserva toda el agua, en cambio yo estoy trizada. Cuando vas por los pueblos, voy perdiendo el agua por el camino y al final, he perdido más de la mitad. Me siento muy mal ya que debido a mis grietas sólo consigues la mitad de lo que deberías recibir. Déjame en la bodega y no me saques más o destrúyeme. Ya estoy vieja y no sirvo para nada.

El aguador le contestó:

- Comprendo que sientas vergüenza de no ser perfecta, pero cuando regresemos a casa quiero mostrarte algo por el camino.

La vasija quedó muy sorprendida pues no sabía qué le iba a mostrar el aguador. Cuando cayó la tarde, regresaron al pueblo. El aguador iba ahora con las dos vasijas vacías porque había vendido el agua de ambas. Entonces, le dijo a la vasija agrietada:

- ¿Ves esas flores maravillosas que crecen a lo largo del camino?

- Sí- le respondió la vasija, intrigada.

-¿Te fijas que las flores sólo crecen en tu lado del camino? Como vi que perdías agua, sembré semillas por tu lado y sin querer, las fuiste regando cuando íbamos a vender el agua del pozo. Esas bellas amapolas florecieron gracias a que las fuiste regando con el agua que salía de tus grietas. Quise sacar tu lado positivo. Todos lo tenemos aunque seamos imperfectos. Si no fueras exactamente cómo eres, no habría sido posible crear esta belleza a lo largo del camino.

Todos somos vasijas agrietadas por alguna parte, pero siempre podemos aprovechar esas mismas grietas para obtener bellos resultados.

El loro

Cuento de la tradición oral de la India

En un pueblo de la India vivía un anciano junto a su loro enjaulado. Cierta día, el anciano invitó a un amigo a su casa a deleitar un sabroso té de Cachemira. Los dos hombres pasaron al salón donde, cerca de la ventana, estaba el loro en su jaula dorada. Se encontraban los dos hombres tomando el té, cuando el loro comenzó a gritar en forma insistente:

-¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Durante todo el tiempo, el pájaro no dejó de clamar libertad. Su grito era tan desgarrador, que el invitado ni siquiera pudo terminar de saborear su taza de té. Estaba saliendo por la puerta cuando escuchó los gritos del loro

-¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Al cabo de tres días, el invitado no podía dejar de pensar en el loro a tal punto que decidió ir a ponerlo en libertad. Tramó un plan. Sabía cuándo salía el anciano de su casa así que iba a aprovechar su ausencia para darle la libertad al pobre loro. Un día después, el invitado se apostó cerca de la casa del anciano y apenas lo vio salir, entró por una ventana abierta al salón, donde el loro continuaba gritando:

-¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Al hombre se le partía el corazón. ¿Quién no hubiera sentido piedad? Se acercó a la jaula y le abrió la puerta. Entonces el loro, aterrorizado, se lanzó al extremo opuesto de la puerta y se aferró con sus garras con todas sus fuerzas a los barrotes de su jaula gritando desesperado:

-¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Las tres preguntas. Cuento de la tradición hebrea.

En un remoto pueblo judío se declaró una sequía que duró muchos años. Era frecuente que se ofrecieron sacrificios a los dioses para pedir el aguacero. Por lo general era la sangre de un cordero pero en esta ocasión, los sumos sacerdotes sugirieron derramar la sangre de un niño a fin de tener abundante agua para los campos. Las madres aterrorizadas escondieron a sus hijos. Al ver esta reacción, los sacerdotes ofrecieron una bolsa de monedas de oro a la madre que entregara uno de sus hijos al altar del sacrificio. Una madre que tenía muchos hijos pensó que era buena idea llevar a uno de ellos a cambio de una bolsa de monedas de oro y lo llevó al altar del sacrificio. Los sacerdotes tomaron de la mano al niño y la madre recibió complacida la bolsa de monedas de oro. Asustado, el niño pidió salvarse, haciendo tres preguntas a los sabios. Les dijo:

-Si aciertan a las tres preguntas que voy a hacerles, estoy dispuesto a morir, pero si se equivocan, pido mi libertad.

Los sabios aceptaron pues ¿qué podía saber un niño que ellos no supieran?

El niño les hizo las tres preguntas:

-¿Qué es lo más liviano del mundo? ¿Qué es lo más dulce del mundo" ¿Qué es lo más duro del mundo?

Después de mucho deliberar, los astrólogos respondieron:

-Lo más liviano del mundo es una pluma de pájaro. Lo más dulce, la miel. Y lo más duro, la roca.

El niño les respondió:

-No. Están equivocados. Lo más liviano del mundo es un hijo en los brazos de su madre. Ella casi no nota el peso. Lo más dulce es la leche que el niño mama del pecho de la madre. Y lo más duro, el corazón de una madre que entrega a su hijo al altar del sacrificio a cambio de un puñado de monedas de oro.

Los sacerdotes no supieron qué decir y dejaron al niño en libertad.

Hai ku. Poemas japoneses.

A una amapola
deja sus alas una mariposa
como recuerdo.

Quietud
Los cantos de la cigarra
penetran en las rocas.

Un viejo estanque
Se zambulle una rana.
Ruido de agua.

Sobre la rama seca
un cuervo se ha posado.
Tarde de otoño.

Las sandalias de madera mágicas

Un cuento tradicional japonés de la tradición oral

Hace mucho tiempo, un joven, cuya madre había caído enferma, se vio en la necesidad de conseguir una gran suma de dinero para poder cuidarla. No tuvo otro remedio que pedírselo prestado al señor más rico del pueblo. Pero, por más que trabajaba, al joven le era imposible poder devolver el préstamo, y además, su madre empeoró de su enfermedad y el joven tuvo que pedir más dinero aún al rico señor. Éste se enojó y le dijo:

- ¿Qué estás diciendo? Ya te presté dinero antes y no me lo has devuelto. He esperado demasiado tiempo a que me lo devolvieras ¿y ahora me pides más? ¡No vuelvas por aquí hasta que no saldes tu deuda!

Aquel joven, que quería curar a su madre como fuera, al no haber logrado que el rico señor le prestara más dinero, no se atrevió a volver a su casa, y pasó largo rato vagando por el bosque. Entonces, de repente, apareció un misterioso anciano en mitad del camino.

- Buenos días - saludó el anciano al pobre joven. Éste, sobresaltado, le respondió:

- Oh, discúlpeme. No le había visto. - Y continuó caminando. El anciano le dijo sonriendo:

-¿Te importa que camine contigo? Hay algo que quiero contarte que seguro que te interesará mucho - Y comenzó a andar junto a él.

Al cabo de un tiempo, cuando se disponía a despedirse, el anciano le dijo al joven:

- Estás pasando por momentos difíciles, ¿verdad? Toma estas sandalias de madera. Cálzate y tropieza con ellas. Ya verás lo que sucede.

El joven se calzó las sandalias y tropezó con ellas, y ante su sorpresa, al instante comenzó a brotar de la nada un montón de dinero.

- Puedes repetir esto varias veces, pero si tropiezas demasiado, empezarás a encoger. Ten mucho cuidado.

El joven volvió a casa, y tal como le había dicho el anciano, se calzó las sandalias y tropezó, y de nuevo empezó a brotar dinero. Tras repetirlo algunas veces, reunió suficiente

dinero para poder curar a su madre y devolver el préstamo. Entonces, recordó las palabras del anciano y dejó de utilizar las sandalias.

Cuando el joven fue a devolver su préstamo, el rico señor quiso saber cómo había conseguido tanto dinero, y el joven le contó la historia de las sandalias de madera mágicas, que hacían brotar dinero de la nada. El señor insistió muchísimo en que se las prestara, algo a lo que el joven accedió.

Muy contento, el señor se calzó las sandalias y se dirigió a la habitación contigua. Desde esa habitación empezó a oírse el incesante ruido de las caídas, "pataplum, pataplum", acompañado del sonido de las monedas, "cling, cling". Pero al cabo de un tiempo, ya sólo se oía este último sonido. El joven, extrañado, se asomó para ver qué sucedía. Allí, sentado, en lo alto de una enorme montaña de dinero, estaba el rico señor convertido en un niño recién nacido, en castigo a la avaricia de haber tropezado demasiadas veces con las sandalias de madera mágicas.

Las fábulas de Esopo

La zorra y las uvas

Estaba una zorra con mucha hambre, y al ver colgando de una parra unos deliciosos racimos de uvas, quiso atraparlos con su boca.

Mas no pudiendo alcanzarlos, se alejó diciéndose:

- ¡No me gustan las uvas...y además están verdes!

Moraleja: Nunca traslades la culpa a los demás de lo que no eres capaz de alcanzar.

El joven y el lobo

Un joven pastor, que cuidaba un rebaño de ovejas cerca de una villa, alarmó a los habitantes tres o cuatro veces gritando

-¡El lobo! ¡El lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Está matando mis ovejas! ¡Auxilio!

Pero cuando los vecinos llegaban a ayudarlo, el pastor se reía viéndolos porque los había engañado. No había tal lobo. "Los engañé" se decía riéndose. Pero el lobo, un día de tantos, sí llegó de verdad. El joven pastor, ahora asustado, empezó a gritar:

-¡El lobo! ¡El lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Está matando mis ovejas! ¡Auxilio!Pero nadie fue a ayudarlo porque nadie le creyó.

Entonces el lobo se comió tranquilamente las ovejas porque sabía que nadie iba a ayudar al pastor.

Moraleja: Al mentiroso nadie le cree, aun cuando diga la verdad.

¿Por qué la hiena tiene la piel con rayas?

Un cuento de la tradición oral africana.

Hace mucho tiempo una hiena y una liebre eran muy buenos amigos. Pero la hiena engañaba a la liebre y cada vez que la liebre pescaba un pescado grande era la hiena quien se lo comía. La hiena inventaba juegos extraños y tras acordar que el que ganara se comería el pescado, la hiena siempre terminaba ganando y comiéndoselo.

Un día la liebre pescó un gran pescado y le dijo a la hiena:

- ¡Hoy es mi día! ¡Hoy me comeré yo sola este pescado!

- Es demasiado grande para un estómago tan pequeño -le dijo la hiena. -Se echará a perder antes de que puedas comértelo todo.

- Es verdad -dijo la liebre. -Pero lo pondré a ahumar por la noche para conservarlo en pedazos pequeños. ¡Estará delicioso!

La hiena no aguantaba de envidia y seguía deseando comerse el pescado de la liebre. -Me lo comeré yo solo -se decía a sí misma. Y no hacía más que planear para satisfacer su egoísmo.

Llegada la noche, la hiena cruzó sigilosamente el río, acercándose hasta donde dormía la liebre. En ese momento, el pescado, partido en trozos, se asaba lentamente y la grasa que caía sobre las brasas perfumaban el ambiente. La hiena se relamía ya de gusto, riéndose de la liebre por la sorpresa que se llevaría cuando se diera cuenta que no estaba el pescado. De seguro que iba a sospechar de la hiena.

Mientras tanto, la liebre estaba acostada haciéndose la dormida pero muy atenta a lo que hacía la hiena pues la había visto acercarse al fuego donde se asaba el pescado. Cuando la hiena agarró el primer trozo de pescado con la pata, la liebre se levantó de repente, sacó rápido el pescado, tomó la parrilla que estaba encima del fuego y corriendo tras la hiena le empezó a azotar el lomo con ella mientras la hiena aullaba de dolor, de vergüenza y de rabia.

La hiena terminó con todo el cuerpo marcado con los fierros de la parrilla y por eso desde entonces las hienas tienen rayas en la piel y por eso también desde entonces las hienas no pueden ver a las liebres.

Por qué el ratón vive en las casas de los seres humanos

Un cuento de la tradición oral africana

En plena selva africana había un cazador que ponía trampas para cazar a los animales. Estas trampas eran hoyos profundos en el suelo que luego cubría con ramas y hojas. Así, cuando iba pasando un animal, no se daba cuenta y pisaba las hojas. De inmediato las ramas crujían y se iba al fondo del pozo.

Este cazador tenía una mujer ciega con la que tuvo un hijo. Un día, cuando el hombre visitaba sus trampas para ver si había caído un animal, se encontró con el león que lo saludó muy cortés y con una leve ironía:

-¡Buen día señor! ¿Qué haces por aquí en mi territorio?

-Ando viendo si mis trampas atraparon algún animal -respondió el hombre.

- ¿Y cómo es que andas cazando en mis dominios? Creo yo que tienes que pagar un tributo, pues esta región me pertenece. El primer animal que agarres, será tuyo, pero el segundo será mío, y así sucesivamente, nos vamos turnando. Un animal es tuyo y el otro, mío. ¿Estás de acuerdo?

- Está bien -dijo el hombre. -Así lo haremos.

El hombre invitó al león a visitar las trampas, una de los cuales tenía una presa: había caído una gacela. Conforme lo acordado, el animal quedó para el dueño de las trampas, el hombre, que se llevó la gacela a su casa.

Pasado algún tiempo, el cazador fue a visitar a unos familiares lejos de su casa y no volvió el mismo día. La mujer se quedó preocupada porque no volvía. Como pasaba el tiempo y necesitaba carne para cocinar, resolvió ir ella misma a ver si alguna de las trampas de su marido tenía alguna presa, pero como era ciega, al intentar encontrar las trampas, cayó en una de ellas con el hijo en brazos.

El león que estaba espiando entre los arbustos, vio que la presa del día era una mujer con su hijo, así que se quedó a la espera de que el cazador viniese para contarle pues era su turno. En ese momento, el hombre llegó a su casa pero no encontró a su mujer ni a su hijo. Decidió entonces seguir las pisadas que la mujer había dejado en la selva y que lo guiaron hasta las trampas. Cuando llegó allí, vio que la presa del día era su propia mujer y su hijo. El león entonces, exclamó al ver al hombre aproximarse:

-¡Buen día amigo! Tu trampa atrapó a una mujer y a su hijo al mismo tiempo. ¡Ya tengo los dientes afilados para comérmelos! ¡Hoy es mi turno!

- Amigo león -dijo el hombre -La presa es mi mujer y mi hijo. No puedes comérmelos.

- No quiero saber nada- protestó el león- Hoy la caza es mía, como rey de la selva. Y según lo que hemos acordado, no puedes faltar a tu palabra.

De repente, apareció un ratón.

-¡Buen día! ¿Qué sucede? -preguntó.

- Este hombre no quiere pagar el tributo que habíamos acordado -dijo el león. Quedamos en que nos íbamos a turnar las presas que cayeran en las trampas. El otro día cayó una gacela y fue para él. Ahora cayeron una mujer y un niño. Es justo que sean para mí pues fue lo que acordamos.

-Pero, si acordaron eso, entonces ¿por qué no cumples? - le preguntó el ratón al hombre. -Aunque sean tu mujer y tu hijo, debes cumplir tu palabra de honor - dijo el ratón.

Muy confundido, el cazador observó que el ratón se dirigió al león.

-Oye, león, debes explicarme cómo es que la mujer cayó en la trampa. No me lo explico. Tengo una duda...Porque no creo que ellos hayan caído allí dentro, no puedo entender cómo llegaron allá abajo.

- Iban caminando y no se dieron cuenta - dijo el león. -Pisaron las ramas y se fueron al fondo de la trampa. Eso sucedió porque la mujer es ciega y no se percató.

- De todas maneras, hay algo que no me cuadra- dijo el ratón.- ¿Me podrías mostrar cómo fue que pisaron las ramas?

- Claro que puedo mostrarte - dijo el león - pero antes tienen que salir la mujer y el niño para mostrarte.

- Que salgan entonces - dijo el ratón.

Entonces, la mujer y el niño salieron de la trampa. De esta manera el mismo león le iba a mostrar al ratón cómo habían caído. Primero cubrió el hoyo con hojas. Luego dispersó unas hojas para disimular que ahí abajo se escondía la trampa.

-Así estaba puesta la trampa -dijo el león. -Cuando la mujer pasó por aquí, no vio la trampa porque es ciega, así que pisó las ramas y cayó al fondo.

-No me lo puedo imaginar - dijo el ratón - No creo que haya sido posible. ¿Me podrías mostrar cómo fue que la mujer pisó la trampa?

- Muy sencillo - dijo el león. - ¡Así!

De inmediato, las ramas crujieron y el león cayó al fondo de la trampa.

- Ay, sáquenme de aquí....socorro....

Entonces, el ratón salvó a la mujer y al hijo, mandándolos a la casa.

La mujer, viéndose fuera de peligro, invitó al ratón a vivir en su casa y a comer todo lo que ella y su familia comían. Es por eso que desde entonces el ratón pasó a vivir en la casa de los seres humanos, royendo todo lo que existe hasta el fin de los tiempos.

El cuento más largo del mundo

Cuento africano de las islas de Madagascar

En tiempos muy remotos, hubo un rey llamado Andriambahoaka que tenía una hija única en edad de casarse. Según la tradición, a los padres les tocaba elegir el esposo de su hija. Unos confiaban simplemente en que el destino se cumpliera. Para otros, la inteligencia y la sabiduría debían ser las cualidades indispensables para el futuro yerno. Para el rey Andriambahoaka, no eran ni la fuerza ni la astucia los requisitos más meritorios, sino el talento para contar el cuento más largo. Todos sabían que el rey era un gran aficionado a los cuentos muchas veces pasaba la tarde con sus sirvientes y sus cortesanos contando relatos e historias. El rey convocó entonces a sus súbditos para decirles:

–Aquel hombre que sepa relatar el cuento más largo se casará con mi única hija. Debe ser un solo cuento que empezará a la puesta del sol y se terminará al día siguiente, a la salida del sol. El rey dio un mes de plazo para que los narradores de cuentos se prepararan. Los mensajeros fueron enviados a los cuatro puntos cardinales para anunciar el concurso. Desde ese momento, todos los hombres empezaron a aprenderse cuentos de memoria: todos, desde los más jóvenes hasta los menos jóvenes, viudos o divorciados, con la esperanza de tener la oportunidad de casarse con la hija única del rey y de heredar el trono.

Llegó el momento tan esperado. Muchos acudieron para pasar la prueba; todos parecían inteligentes, creativos y animados. Vino el primer candidato, pero después de algunos minutos, el rey lo interrumpió diciendo que estaba mezclando dos cuentos así que lo descalificó. El siguiente narrador fue más inteligente y más astuto: relataba con mayor lentitud para alargar el cuento, pero antes de medianoche ya no era capaz de decir nada más, porque su repertorio se había agotado. Los que les sucedieron traspiraban de nervios, temblaban o lloraban porque no podían llegar hasta el final. Curiosamente, dicen que hubo un joven que no pudo aguantar su sueño y se durmió antes que los oyentes.

El rey y la reina estaban desesperados, pero no podían desdecirse de sus palabras, y siguieron esperando a que vinieran nuevos contadores de cuentos.

En los confines del reino de Andriambahoaka vivía una familia muy pobre. Cuando se enteró de lo que ocurría en el palacio, el joven Ikoto pidió la bendición de su madre para participar en la prueba. Ésta le dijo:

–Hijo mío, ¿quieres que te corten la cabeza? ¿Cómo piensas competir con los ricos y con los oficiales, si tú no tienes nada que ofrecer y no eres más que un muchacho de posición insignificante?

–Lo intentaré al menos, madre –contestó Ikoto–. Lo intentaré como todos los que lo hicieron.

Entonces se fue al palacio. Los guardias no le dejaron pasar al verlo con esa vestimenta de campesino, pero el joven insistió tanto que, finalmente, le permitieron entrar.

El rey le dijo:

–Ningún hombre ha podido llegar hasta el final de la prueba. ¿Tú pretendes conseguirlo?

–Eso espero –le contestó Ikoto.

–Ya lo veremos –dijo el rey–. Empezarás esta tarde.

A la puesta del sol, todos estaban ya listos para presenciar el gran suceso. Ikoto empezó su relato:

–Dicen que al principio, cuando Zanahary creó el mundo, y todavía no había creado a los habitantes de Madagascar, había sólo valles por toda esta isla. Los animales sí la habían poblado. Un día, pues, los animales se reunieron para hablar de un asunto muy importante. Todos estaban de acuerdo en que hacía falta construir sitios donde refugiarse, porque los vientos marítimos eran tan fuertes que todos los animales sufrían grandes problemas: los pájaros no podían volar, las tortugas no podían caminar, las hormigas no podían circular libremente, y las ratas y los erizos no se atrevían a aventurarse lejos. Entonces, se repartieron las tareas. Se les asignó a las hormigas la labor de amontonar tierras al sur. Se les dijo que la tierra de la parte nordeste de la isla era más ligera y más fácil de cavar. Así que las hormigas se fueron al nordeste, para transportar la tierra del nordeste al sur. Y la trasladaron del nordeste al sur..., la trasladaron del nordeste al sur...granito a granito de tierra, del nordeste al sur..., del nordeste al sur..., granito a granito, del nordeste al sur..., del nordeste al sur...granito a granito, del nordeste al sur, del nordeste al sur...

Era medianoche y muchos de los oyentes comenzaron ya a mostrar signos de cansancio. Otros se fueron a casa. El rey y su reina siguieron esperando allí, e Ikoto seguía con su «la trasladaron del nordeste al sur, del nordeste al sur» sin parar ni parecer preocupado por la ausencia de público.

El tiempo pasó. Las brujas volvieron a casa. Andriambahoaka seguía escuchando, muy concentrado, mientras sus súbditos roncaban. Cuando Ikoto notó que el rey empezaba a estar soñoliento, murmuró frases sin sentido para descansar un poquito, y en cuanto notaba que el rey volvía a estar atento, comenzaba a repetir de nuevo «y la trasladaron del nordeste al sur».

El gallo cantó.

–Le falta muy poco –murmuró Ikoto. –Ya está por terminarse.

Ya estaba amaneciendo, e Ikoto seguía contando y contando. Los que se habían ido a casa volvieron al palacio; los que se habían quedado dormidos, comenzaron a despertarse, pero Ikoto seguía contando su cuento.

Por fin, el sol salió, pero Ikoto seguía contando:

–Y la trasladaron del nordeste al sur, del nordeste al sur, del nordeste al sur y así las hormigas construyeron las montañas de Ankaratra que conocemos hoy. Y todos los animales se pusieron muy contentos porque por fin tenían un sitio donde refugiarse.

Angano, angano,

arira, arira

izaho pitantara,

ianareo pitsent sitra

Los oyentes se quedaron maravillados. Todos aplaudieron y el rey reconoció que el cuento de Ikoto era el más largo de todos los que habían contado. Así que le dio la mano de su hija única. Se casaron, tuvieron muchos hijos y vivieron felices.

Tomado de: *Cuentos populares de África*

Edición de José Manuel de Prada-Samper

Biblioteca de Cuentos Populares. Ediciones Siruela

Fórmula de cierre de los cuentos africanos que se relatan en las islas de Madagascar, África.

*Angano, angano,
arira, arira
izaho pitantara,
ianareo pitsent sitra*

Que quiere decir:

*Este fue el cuento, este fue el cuento,
si es mentira, es mentira,
a mí me gustó contarlo
y a ustedes les encantó escucharlo.*

“En África, cuando un anciano muere, una biblioteca arde.”

“Los pueblos de raza negra, sin desarrollar la escritura, han desarrollado el arte de la palabra de una manera muy especial. A pesar de no estar escrita, su literatura no es menos bella. Cuántos poemas, cuántas epopeyas, cuentos históricos y heroicos, fábulas, mitos y leyendas admirables se han transmitido a través de los siglos, fielmente llevados por la memoria prodigiosa de los hombres de la oralidad, apasionadamente enamorados de un lenguaje bello y de la poesía. Yo soy un diplomado de la gran universidad de la palabra enseñada bajo la sombra de los baobabs”.

Amadou Hampaté Ba (Bandiagara (Mali) 1900 (Costa de Marfil (1991)

La jirafa

Cuento de la tradición oral africana

En lo más profundo de la selva africana, reunió Dios a todos los animales y les dijo:

- Ya los he creado para que habiten esta selva, la cuiden y sean felices. He creado a la pantera, el tigre, la cebra, el mono, el camello y el elefante, pero antes de irme, me gustaría concederle un deseo a cada uno de ustedes.

El primero en hablar fue el león.

-Gracias por crearnos – dijo – y por darnos la oportunidad de perfeccionar tu obra. Ya que nos pides que cumplamos un deseo, a mí me gustaría demostrarles a todos los animales de la selva que soy el rey y me tienen que tener respeto.

- Está bien – dijo Dios. – Te concederé el don del rugido para que todos los animales te teman cuando te escuchen. Y así, el león rugió.

- Grrrrrrrrrrrrrrrr...

Dijo el gallo:

-A mí me gustaría anunciar que empieza el día.

-Muy bien – dijo Dios - cantarás y anunciarás a los animales que ha salido el sol.

- Kikirikí.

Apareció el perro y dijo:

- A mí me gusta avisar a mis amos cuando hay peligro.

-Muy bien- dijo Dios. -Desde hoy ladrarás y así le comunicarás a tus amos que salgan a ver qué ocurre.

- Guau guau.

Dijo el gato:

-¿Cómo puedo decirle a mi amo que estoy agradecido de sus cuidados?

-Te concedo – dijo Dios – el don de comunicarte por medio del ronroneo. Cuando tu amo te acaricie, podrás decirle que estás contento y cuando quieras pedirle un plato de leche, se lo dirás por tu maullido.

- Rrrrrrrrr...miau...miau...

- Yo quiero demostrar que estoy feliz de estar en la pradera – dijo la oveja.

- Muy bien – dijo Dios – Desde hoy, balarás y si te pierdes, también balarás y así el pastor podrá encontrarte.

- Beeeeeeeeeeee

- Yo quiero anunciar a los cuatro vientos que puse un huevo – dijo la gallina.

- Muy bien – dijo Dios. – Desde hoy vas a cacarear cada vez que pongas uno y así la campesina vendrá a buscarlo.

- Cloc...cloc...cloc...

- Yo quiero cantarle a la luna – dijo la rana.

- Muy bien – dijo Dios- Desde entonces vas a croar cada noche desde tu charco y la luna sabrá que le estás cantando.

- Crrrrrrrrrrrrrrrr

Así, todos los animales de la selva, le pidieron a Dios sus deseos y a todos se los concedió. Desde entonces, los animales rugieron, cantaron, ladraron, ronronearon, maullaron, balaban, cacarearon, relincharon, rebuznaron y croaron.

Hasta que le tocó el turno a la jirafa.

- Yo quiero ser sabia – dijo la jirafa.

- ¿Sabia? – preguntó Dios.

- Sí, quiero tener el don de la sabiduría.

- Deseo concedido – dijo Dios.

Desde entonces, la jirafa contempla a los hombres desde la altura.

Todo lo ve y todo lo oye pero guarda un prudente silencio...

Es por eso que la jirafa es el único animal del mundo que no emite ningún sonido.

LA BELLA MANDARINA

Laura Pons y Elena Oriozola. Editorial Imaginarium, Zaragoza, 2009.

Había una vez, en la vieja China de los mandarines, un gran señor rico y poderoso. ¡Era el Mandarín! Vivía en lo alto de una montaña en su palacio de bambú y desde allí veía todas sus tierras.

El Mandarín era grande y gordo, igual que su corazón: en él cabían todos los seres. Su esposa la Mandarina era muy diferente: pequeña y hermosa, pero en su corazón sólo había lugar para ella.

El Mandarín quería mucho a su esposa y no veía lo pequeño que era su corazón, deslumbrado por su hermosa cara. Todas las tardes, paseaban por el huerto que rodeaba el palacio, lleno de naranjos, y sacaban las naranjas más bonitas para comer.

Una mañana, estaba la bella Mandarina paseando sola entre los árboles, cuando vio, junto a una tapia, a un mendigo que la miraba. (Pero no era un mendigo: era un mago disfrazado, que había oído hablar de la Mandarina y quería comprobar si era verdad lo que se decía).

Sin acercarse mucho, ella le dijo:

-¡Vete de mi jardín, o llamaré al Mandarín para que te eche!

-Bella Mandarina, tengo sed. Dame una de tus naranjas, por favor- le suplicó el mendigo.

-¡Ni hablar! Mis naranjas son muy hermosas y tú sólo eres un viejo feo y sucio- contestó la Mandarina.

El mendigo le insistió: - Tu tienes muchas y sólo te pido una, aunque sea la más pequeña. Pero la Mandarina se negó y empezó a llamar a gritos al Mandarín.

Entonces, el mendigo se transformó en mago y, con su varita mágica en la mano, le dijo:

- Para que aprendas a ser generosa, te convertiré en árbol y darás sabrosos frutos a cuantos pasen por el camino. Tu corazón se hará más grande y todos te querrán. Y la convirtió en un árbol pequeño lleno de naranjitas.

Cuando llegó el Mandarín, no encontraba a su esposa, la bella Mandarina. Y pasó horas buscándola entre los árboles. Al caer la tarde, cansado y triste, encontró el nuevo árbol y pensó: “¿Qué hace este arbolito entre mis naranjos? ¿Y por qué sus naranjas son tan pequeñitas?

Sacó una fruta, la probó y su sabor dulce le recordó a su esposa. Desde entonces, cada tarde, paseaba hasta el arbolito, siempre cargado de frutas, y se comía una de ellas, a las que llamó mandarinas en honor a su esposa, la bella Mandarina.

¡Y, aunque no lo crean, esto no es un cuento chino!

LA PEQUEÑA LUCIÉRNAGA

Cuento tailandés de la tradición oral

Había una vez una comunidad de luciérnagas que vivía en el interior de un tronco de un árbol muy viejo de Tailandia. Cada anochecer, cuando todo se quedaba a oscuras y en silencio y sólo se oía el murmullo del cercano río, todas las luciérnagas abandonaban el árbol para llenar el cielo de destellos. Jugaban a hacer figuras con sus luces bailando en el aire para crear un sinfín de centelleos luminosos más brillantes y espectaculares que los de un castillo de fuegos artificiales. Pero entre todas las luciérnagas que habitaban el árbol, había una muy pequeñita a la que no le gustaba salir a volar.

-No, no, hoy tampoco quiero salir a volar – decía todos los días la pequeña luciérnaga. Vayan ustedes porque yo estoy muy bien en mi casita.

Tanto sus abuelos como sus padres, hermanos y amigos, esperaban con ansiedad a que llegara la noche para salir de la casa y brillar en la oscuridad. Lo pasaban tan bien que no comprendían cómo la pequeña luciérnaga no los acompañaba nunca. Le insistían una y otra vez para que fuera con ellas a volar pero no había manera de convencerla. La pequeña luciérnaga siempre se negaba.

-¡No quiero salir a volar! – repetía la pequeña luciérnaga.

Toda la comunidad de luciérnagas estaba muy preocupada por la actitud de la pequeña.

-Tenemos que hacer algo por nuestra hija – decía su madre angustiada –No puede ser que la pequeña no quiera salir nunca de su casa.

-No te preocupes, mujer – añadía su marido intentando calmarla. –Ya verás como todo se arregla y cualquier día de estos sale a volar con nosotros.

Pero pasaban los días y la pequeña luciérnaga seguía encerrada sin salir de casa. Un anochecer, cuando todas las luciérnagas habían salido a volar, la abuela luciérnaga se acercó a la pequeña y le preguntó con toda la delicadeza del mundo:

-¿Qué te sucede, mi pequeña niña? ¿Por qué nunca quieres salir de casa? ¿Cuál es la razón por la que nunca quieres venir a volar e iluminar la noche con nosotros?

-No me gusta volar – respondió la pequeña luciérnaga.

-Pero ¿por qué no te gusta volar ni mostrar tu luz? – insistió la abuela.

-Pues – explicó por fin la pequeña luciérnaga - para qué he de salir si con la luz que tengo nunca podré brillar como la luna. La luna es grande y brillante y yo a su lado,

no soy nada. Soy tan pequeñita que a su lado no soy más que una ridícula chispita. Por eso nunca quiero salir de casa y volar porque nunca brillaré como la luna.

La abuela escuchó con atención las razones que le dio la pequeña luciérnaga.

-Ay, mi niña, dijo con una sonrisa. Hay una cosa de la luna que has de saber y que por lo visto desconoces. Y lo sabrías si al menos salieras de casa de vez en cuando, pero como no es así, no lo sabes.

- ¿Y qué es lo que debo saber de la luna que no sé? – preguntó la pequeña luciérnaga presa de la curiosidad.

-Has de saber que la luna no tiene la misma luz todas las noches – respondió la abuela – La luna es tan variable que cambia todos los días. Hay noches en que está radiante, redonda como una pelota brillando desde lo más alto del cielo, pero en cambio, hay otros días en que se esconde. Su brillo desaparece y deja al mundo sumido en la más profunda oscuridad.

-¿De veras que hay noches en que se esconde la luna? – preguntó sorprendida la pequeña luciérnaga.

- Sí, ni niña – continuó explicando la abuela – La luna cambia constantemente. Hay veces que crece y otras que se hace pequeña. Hay noches en que es enorme, de un color rojo y otros días en que se hace invisible y desaparece entre las sombras o detrás de las nubes. La luna cambia constantemente y no siempre brilla con la misma intensidad. En cambio tú, pequeña luciérnaga, siempre brillarás con la misma fuerza y siempre lo harás con tu propia luz.

La pequeña luciérnaga se quedó asombrada ante las explicaciones de la abuela. Nunca se habría podido imaginar que la luna fuera tan variable, que brillaba o se apagaba según los días. Y a partir de entonces, la pequeña luciérnaga salió cada noche del interior del gran árbol donde se cobijaba para salir a volar con su familia y amigos. Y así fue cómo la pequeña luciérnaga aprendió que cada uno ha de brillar con su propia luz.

ISSUNBOUSHI, EL PEQUEÑO SAMURAI

Cuento de la tradición oral japonesa

Hace mucho tiempo, en una tierra muy lejana, nació un niño muy pequeñito. Era tan pequeñito, que apenas era más alto que el dedo meñique de un adulto. A pesar de su estatura, sus padres estaban muy felices porque pensaban que ese niño tan pequeñito era un regalo de los dioses. Le pusieron de nombre Issunboushi. Era un niño que comía mucho y, aunque iban pasando los años, no crecía nada. Un día que salió a jugar al jardín se subió a un árbol muy alto y pudo ver a lo lejos un río y una montaña. Por la noche, mientras la familia cenaba, Issunboushi le preguntó a su padre:

- ¿Papá, hasta dónde llega el río?
- Hasta el otro lado de la montaña - el padre le contestó.
- ¿Qué hay al otro lado de la montaña? –volvió a preguntar Issunboushi.
- Al otro lado de la montaña está la ciudad de Kyoto. Allí hay mucha gente y templos.

Al oír la respuesta de su padre, Issunboushi empezó a imaginarse la ciudad llena de gente, de templos, de nuevas experiencias... y de repente gritó:

-¡Voy a ir a Kyoto! - Su padre sorprendido se giró hacia él y le preguntó:

-¿Estás seguro de lo que dices? –

Issunboushi, se puso de pie y repitió:

-¡Voy a ir a Kyoto y seré samurái!

Sus padres, al escucharlo, trataron de hacer que cambiase de opinión pero Issunboushi lo había decidido y nada ni nadie le haría cambiar de planes. Al ver su firmeza los padres aceptaron su decisión y le ayudaron a preparar el equipaje. Prepararon un tazón para que lo utilizara como bote para navegar por el río y unos palillos como remos. Su madre le entregó su aguja de coser, herencia de su abuela, para que la utilizara como espada. Así Issunboushi empezó su viaje hacia la ciudad. Le esperaban muchos peligros a lo largo del camino hacia Kyoto pero él se dijo: “¡Venceré sin falta! ¡Voy a realizar mi sueño!”

Tardó tres días, pero finalmente llegó a la ciudad con vida. Impaciente, empezó a buscar castillos donde le enseñaran las técnicas samuráis. Se presentó delante de diferentes señores feudales pero todos le negaron la entrada por su estatura. Desesperado lo intentó en el último castillo, el más grande y poderoso de la ciudad. Se entrevistó con el dueño del castillo quien se rió al escuchar el sueño de Issunboushi pero accedió a su solicitud al escuchar la determinación y la valentía de sus palabras.

En ese castillo tan grande de altos muros impenetrables, vivía una hermosa princesa llamada Haruhime, hija de aquel señor feudal. En esa época unos demonios estaban robando y destrozando tiendas y casas por toda la ciudad. Nadie se atrevía a enfrentarse a ellos porque eran muy malvados.

Un día Issunboushi escuchó la noticia de que la princesa iría al templo de Kiyomizu, y que su padre estaba reclutando a los mejores samuráis para protegerla de esos temidos demonios. Issunboushi se ofreció a ir con ellos, el señor feudal aceptó pensando que así se cansaría de la idea de querer ser samurái.

A medio camino del templo se encontraron con dos demonios. Todos los samuráis huyeron aterrorizados pero sólo uno permaneció al lado de la princesa. Issunboushi se colocó delante de ella y le dijo al demonio:

-¡Tu contrincante soy yo!.

El demonio al verlo tan pequeño se puso a reír y se lo comió de un bocado. El demonio se acercó a la princesa para comérsela cuando al dragón le empezó a doler

mucho el estómago. Tanto, que se cayó al suelo del dolor, se puso las manos en el estómago y empezó a gritar:

-¡No, por favor, no, no lo hagas!

Issunboushi le estaba clavando la aguja en el vientre mientras gritaba:

-Pararé cuando prometas no hacer más maldades!

El demonio contestó rápidamente llorando de dolor:

-¡Nunca más, nunca más!

E Issunboushi salió del interior del demonio y éste huyó corriendo. La princesa Haruhime, asombrada de la valentía y fuerza de ese pequeño samurái, le dijo:

-Muchas gracias por todo. Te debo la vida.

En ese momento la princesa vio un objeto en el suelo que se había dejado el demonio. Era el martillo de los deseos.

-Esto es *Uchide No Kozuchi*, con esto podrás cumplir tus deseos. ¿Qué deseas? - le preguntó la princesa.

- Deseo una constitución física fuerte. - contestó Issunboushi.

La princesa agitó el *Uchide No Kozuchi* y dijo:

-¡Ten una constitución fuerte!.

Y, de repente, los brazos, las piernas y el torso de Issunboushi empezaron a crecer hasta convertirse en uno de los hombres más altos y fuertes de todo Japón. Al llegar al castillo, el señor feudal lo ascendió hasta la más alta posición de la orden samurái y le ofreció a su hija como esposa. Issunboushi y la princesa se casaron y vivieron felices para siempre.

POR QUÉ LOS BUHOS SOLO VIVEN DE NOCHE

Cuento de la tradición oral de Japón.

Hace muchos años, había un búho cuyo trabajo era teñir las plumas de los demás pájaros del bosque. Todas las aves iban a su árbol para que les tiñera las plumas de colores increíbles y preciosos. Los flamencos rosados y los ibis de plumaje naranja eran ejemplos de lo bien que teñía las plumas el búho. Su trabajo los tenía a todos contentos. ¿A todos? No, el cuervo se reía de ellos y presumía de su plumaje blanco diciendo que nunca visitaría al búho porque no lo necesitaba. Pero en el fondo, deseaba los colores que el búho pintaba.

Hasta que un día, no pudo más y se posó en la rama del árbol donde vivía el búho y le ordenó:

- Quiero que tiñas mis plumas blancas. Pero quiero que sean del color más raro que exista, aquel que nunca hayas usado en otra ave. Quiero ser único.

El búho pensó y pensó, hasta que encontró el color apropiado: el negro. Cuando acabó de teñirle las plumas exclamó:

- He hecho lo que me has pedido. Ahora eres único. Tal como me has pedido, llevas un color distinto al de cualquier otro pájaro. Espero que te guste.

Cuando el cuervo voló hasta un río y se vio reflejado no lo podía creer. Todas sus plumas eran negras, como si se hubiera revolcado en hollín. Pero ya era demasiado tarde, no se lo podía quitar y se tuvo que resignar. Y es por eso que a partir de ése momento todos los cuervos fueron negros.

Pero los cuervos nunca perdonaron al búho. Si veían alguno durante el día, se lanzaban encima de él, lo picoteaban y lo arañaban. Los búhos, muertos de miedo, se reunieron encima de un gran cerezo. Ahí decidieron que se esconderían durante el día durmiendo y saldrían por la noche, cuando se fueran a dormir los cuervos. Es por eso que los búhos duermen en el día y solo viven de noche.

EL CONEJO EN LA LUNA

Cuento de la tradición oral japonesa

Un día, el ancianito que habita en la luna miró abajo hacia un gran bosque en la tierra y vio a un conejo, un mono y un zorro viviendo juntos, compartiéndolo todo como muy buenos amigos.

-Me pregunto cuál de ellos es el más bondadoso - se dijo a sí mismo. -Creo que bajaré a ver.

Entonces el ancianito se convirtió en un mendigo y bajó de la luna al bosque donde estaban los tres animales.

-¡Por favor, ayúdenme! - les dijo - Estoy muy, muy hambriento.

-¡Oh! que pobrecito viejo mendigo! - dijeron los tres animalitos y fueron rápidamente a buscar algún alimento para el mendigo.

El mono trajo muchas frutas. El zorro pescó un gran pez, pero, el conejo no pudo encontrar nada que traer.

-¡Oh Dios!, ¿qué hago yo? - se lamentó el conejo. Pero entonces, tuvo una idea.

-¡Por favor, señor mono y señor zorro – suplicó el conejo- ¿me podrían reunir algo de fuego para mí y hacer una gran fogata con la madera?

El mono y el zorro hicieron lo que les pidió el conejo y cuando el fuego estaba ardiendo, el conejo le dijo al mendigo:

-Yo no tengo nada que darte, así que me pondré yo mismo en el fuego, y entonces cuando yo esté bien asado, tú podrás comerme.

El conejo iba a saltar hacia dentro de la fogata para asarse, pero entonces, repentinamente, el mendigo se convirtió en el viejo hombre de la luna.

-Has sido muy bondadoso, señor conejo- le el anciano. -Pero nunca deberías hacer nada que te haga daño. Pero mira, como me has demostrado ser el más bondadoso de todos, te llevaré a vivir conmigo a mi morada.

Entonces, el viejo hombre de la luna tomó al conejo en sus brazos y se elevó con él hacia la luna.

Si miran cuidadosamente a la luna cuando está más brillante, podrán ver al conejo tal y como el viejecito lo cargó entre sus brazos hace mucho, mucho tiempo.

Cuentos populares rusos:

<http://www.librosmaravillosos.com/cuentospopularesrusos/cuento04.html>

Nota:

Las versiones de los cuentos que aparecen en estas páginas son adaptaciones de Manuel Peña Muñoz.

Bibliografía:

Cuentos del origen del mundo

Cecilia Beuchat y Carolina Valdivieso

Ediciones de la Universidad Católica

Cuentos de otros lugares de la tierra

Cecilia Beuchat y Carolina Valdivieso

Ediciones de la Universidad Católica

El arte de contar cuentos

Claudio Ledesma

Editorial Sherezade. Santiago.

WWW.CASACONTADA.CL